

La calle para el miércoles 16 de abril de 2008
Diario de un espectador
Eugenia León en Tlane
por miguel ángel granados chapa

Tlane le dicen sus vecinos, o los ayudantes de combis y micros que anuncian sus rutas. La palabra ni siquiera es Tlalnepantla en corto, porque omite la segunda ele. Quienes conocen esa ciudad industrial sólo de paso hallan difícil suponer que esa gran aglomeración urbana tuviera vida de barrio, entrañable. Lo hemos sabido ahora por voz de Eugenia León, que allí vio la luz primera y recibió la semana pasada, en su lugar de nacimiento, un homenaje por el orgullo de sus paisanos de saberla cercana, suya, tlalnepantlense, tlalnepantleca.

Se bautizó con el nombre de la mejor voz mexicana de esta hora, si de música popular se trata, al auditorio del Centro cultural sor Juana Inés de la Cruz, otra mujer de enormes dimensiones, también nacida en territorio de lo que es hoy el estado de México, ella en Nepantla, cerca de los volcanes. Después del alcalde, que explicó los motivos de llamar Eugenia León a ese auditorio, la primera en usar sus micrófonos fue la propia homenajeada. Aunque lo suyo es el canto, antes de regalar al público con las notas que sus oyentes esperan y anhela, habló de si misma, de sus padres, de su familia, de su pueblo natal:

“Tlalnepantla fue siempre un lugar de encuentro y de paso. Llegar, partir. Aquí un joven veracruzano y una queretana llegan de afuera y se encuentran, sus amores crean progenie, y en ella...yo. Mi infancia está llena de imágenes, sonidos, olores y sabores de una Tlalnepantla provinciana y, por ello, encantadora.

“Recuerdo la pirámide de Tenayuca y la de santa Cecilia; el mercado que con su mercancía lacustre y sus olores de copal, el Día de muertos, era para mi un cofre de abalorios; el parque de san Javier, el boliche, la vía del tren, que siempre se está yendo y de vez en cuando no llega. Recuerdo el cine san Carlos, la Diana cazadora con su cine Elvira y sus conjuntos nortños: las cantinas, territorio desconocido que sólo veíamos de lejos.

“La casa de mi abuela, tan querida, refugio en mis primeras penas, curadas con toda la música del mundo. Aquí tenían discos de Toña la negra, de Gardel, de Lucha Reyes, de Edith Piaf, de Loa Beltrán, de El charro Abitia. Mis tías, mis tíos: Abel, que con su cariño y afecto me hacía cantar: mi tío Servando, mi tío César, mi tía Norma, Carmela; todos mis primos, que son muchos. Recuerdo mi casa en la calle de Guerrero.

“Por supuesto, nuestra iglesia, nuestra plaza que se llenaba de colores el 16 de septiembre, de los gritos de las ferias ambulantes y, sobre todo, se llenaba como hoy de nuestra hambrienta nostalgia. De aquí me fui en busca de mi destino, asfixiada por el triple autoritarismo de la época. El más cercano: esto lo hago por tu bien; el siguiente, la letra con sangre entra; El político: vivir fuera del presupuesto en vivir en el error. Eran los tiempos en que una joven, sólo por serlo, era sospechosa de lo que sea, y sancionada drásticamente para que no dijera lo que de todos modos dice.

“Ahora, de regreso, agradecida por este reconocimiento, sólo tengo gratitud. Gratitud porque este reconocimiento, más que a treinta años de esfuerzo y de constancia, lo veo no como el reconocimiento a esa que soy, sino a la jovencita que fui, lo recibo por ella y por todas las jóvenes que hoy deben defender aquello en lo que creen”.

Su madre Emma, llegada de Querétaro a Tlane a los diez años, completó la semblanza: “Eugenia comenzó a cantar y a bailar en la casa. Como cualquier niña traviesa; Eugenia nació en la calle Zahuatlán 25, pero se crió en Guerrero, aquí a la vuelta”.

No estaba previsto que Eugenia cantara dentro del auditorio, pero no se resistió a la insistencia del público y a capella, armada de su sola voz, regaló La negra noche. Fue un anticipo de su actuación en la plaza cívica: 15 números estremecedores.